



Partida de Ajedrez con la Muerte

Era una noche oscura y fría. Alfonso bebía un café sentado en el sillón favorito del salón de su casa. Su familia dormía. Eran las tres de la mañana cuando vio junto a él a una figura muy conocida, pero en nada apreciada. La espectral imagen lo miró fijamente y le dijo con voz tenue: “¿Sabes a qué he venido?”.

Él asintió con la cabeza y dijo: “Sí, lo sé. Ha llegado mi hora. Pero... ¿puedo despedirme de mi familia?”. “Lo siento”, le respondió la muerte, “es tarde”.

“No lo entiendes”, dijo Alfonso con tono de reproche, “yo perdí a mi padre cuando tenía 17 años y mi sufrimiento fue muy grande... pero mi hija menor tiene tan sólo 7, déjame decirle que la quiero”.

“Has tenido 7 años para decírselo”, le respondió la muerte, “muchos días libres, muchos cumpleaños, fiestas y momentos en los que pudiste decirle a tu hija que la amabas. Pero... ¿por qué sólo me hablas de tu hija?, ¿acaso no tienes también un hijo y una esposa?”.

“Mi hijo mayor no me creería y mi esposa... a ella no creo que le interese si la amo o no. Nos hemos distanciado mucho. Es una gran mujer y una excelente madre. Pero no la he sabido apreciar, ¡cómo me arrepiento! Pero mi niña... no hay día que entre yo por la puerta y no esté ahí para recibirme con un beso”.

“Deja de hablar”, zanjó la muerte, “lástima que sea tan tarde”.

Entraron en un extraño tren y la muerte le dijo: “te propongo que juguemos al ajedrez para matar el tiempo”.

El juego se inició. Alfonso comenzó ganando. La muerte le preguntó: “¿A qué te dedicabas en vida?”.

Alfonso le dijo: “Trabajaba en una fábrica de calzado. Era el administrador”.

“Hay una cosa que no entiendo”, dijo la muerte. “¿Por qué la gente cuando está viva, teniendo tantas cosas importantes que hacer, se encierra en su trabajo y se olvida de sus sentimientos? ¿Por qué no les importan los demás y se vuelven egoístas y violentos? ¿Por qué esperáis a que llegue yo para ser cariñosos? ¿No os dais cuenta de que para entonces es ya demasiado tarde?”.

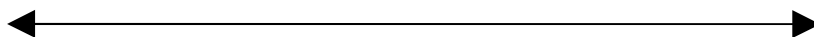
“No lo sé”, dijo Alfonso. El silencio reinó por unos instantes mientras Alfonso ponía en jaque a la muerte. Ya las lágrimas se habían secado del rostro de Alfonso y, de pronto, exclamó suavemente: “¡Jaque Mate!”.

La muerte sonrió y dijo: “¡Felicidades!”. Alfonso suspiró y respondió: “Es una pena que no sirva de nada”. Es entonces cuando la muerte exclamó: “¡¡LLEGAMOS!!”

Alfonso intentó calmarse y, al abrir los ojos, se dio cuenta de que estaba de nuevo en su viejo sillón, eran las 6 de la mañana. En lugar de gritar: ¡Estoy vivo! (como habría hecho cualquier otro), salió al patio y dijo con voz tenue: “Gracias **“DIOS”** mío”.

Entró a la habitación de su hija y la tomó en brazos. Después fue donde dormía su hijo, le hizo cosquillas en los pies, y le dijo:

- Hijo, despierta, es domingo.
- ¿Me despiertas para decirme que es domingo?
- No hijo, te quiero despertar para decirte que te quiero.



**NO ESPEREMOS A JUGAR AL AJEDREZ CON LA MUERTE Y,
MUCHO MENOS, PEDIR MÁS TIEMPO DE VIDA
HAZLO AHORA, NO PIERDAS NUNCA LA OCASIÓN DE DECIR A TUS
SERES QUERIDOS QUE LOS AMAS**

¡¡Éste es tu momento!!

Éste es tu Momento

